

Pedro con una palabra, y en el silencio, en la brusca interrupción de todas las conversaciones, comprendió éste que todas las miradas se fijaban en él como en una curiosidad prometida y esperada.

Había allí á lo sumo unas diez personas entre las que figuraba Darío, que se hallaba en pie hablando con la princesita Celia Buongiovanni, á la que había acompañado una anciana parienta que hablaba á media voz con un prelado, monseñor Nani, ambos sentados en un rincón obscuro. Lo que le llamó más la atención á Pedro fué oír nombrar al abogado consistorial Morano, acerca del cual, al enviarle á Roma, había creído el vizconde debía explicarle la situación especial que ocupaba en la casa, con objeto de evitarle el que cayese en falta. Hacía treinta años que Morano era el amigo de *donna* Serafina. Esas relaciones, culpables en otro tiempo, porque el abogado tenía hijos y mujer, habían llegado á ser, desde que se quedó viudo y sobre todo con el tiempo, una amistad dispensada, aceptada por todos, á la manera de esos viejos hogares naturales que la tolerancia mundana consagra. Ambos, muy religiosos, se debían haber asegurado con las indulgencias necesarias. Y Morano se hallaba allí en el lugar que ocupaba hacía más de un cuarto de siglo, á un lado de la chimenea, por más que en ella no se hubiese encendido aún el fuego del invierno. Y cuando *donna* Serafina cumplió con sus deberes de señora de la casa ocupó á su vez su sitio, al otro lado de la chimenea y enfrente de él.

Entonces, y mientras que Pedro se sentaba al lado de don Vigilio, que silencioso y discreto ocupaba una silla, continuó Darío en voz alta la historia que contaba á Celia. Era un hombre apuesto, de mediana talla, esbelto y elegante que llevaba toda la barba negra y bien cuidada, que tenía además el rostro largo y la nariz prominente de los Boccanera pero con los rasgos de la cara dulcificados, como ablandados por el secular empobrecimiento de la sangre.

—¡Ah! ¡Era una belleza, una belleza admirable!—repitió con énfasis.

—¿Quién?—preguntó Benedetta reuniéndose con ellos. Celia que se parecía á la Virgencita del antiguo cuadro colgado sobre su cabeza, se echó á reír.

—Pues, querida, una pobre muchacha, una trabajadora que Darío vió hoy.

Y Darío tuvo que empezar su relato. Pasaba por una estrecha callejuela, hacia la parte de la plaza de Navona, cuando vió recostada en los peldaños de una escalinata una muchacha fuerte y robusta, de unos veinte años, que lloraba sollozando con fuerza. Conmovido más que nada por su belleza se acercó á ella y pudo comprender que trabajaba en aquella casa, en una fábrica de perlas de cera; pero que había llegado la parada, y cerrándose el taller por lo que no se atrevía á volver á casa de sus padres, tan grande era en esta la miseria. A través del diluvio de sus lágrimas fijó en él unos ojos tan hermosos que al fin se decidió á sacar algún dinero del bolsillo. Y entonces la obrera se levantó de un salto, enrojecida y confusa, ocultando las manos entre la falda, no queriendo tomar nada y diciendo que podía seguirla si quería y daría aquello á su madre. Dicho esto se fué con mucha viveza hacia el puente de Sant'Angelo.

—¡Ah! ¡Una belleza! ¡Una belleza espléndida!—repitió Darío con aire de éxtasis.—Más alta que yo, esbelta á pesar de su estatura y con una garganta de diosa. Una verdadera antigüedad, una Venus á los veinte años, la barbilla un poco pronunciada, la boca y la nariz de una corrección perfecta de dibujo, los ojos... ¡oh! ¡los ojos, qué puros, qué rasgados! Y sin nada en la cabeza y coronada ésta por un casco de abundosos cabellos y la faz resplandeciente como dorada por un rayo de sol.

Escuchábanle todos admirados y con esa pasión hacia la belleza que, á pesar de todo, conserva Roma en el corazón.

—Van siendo cada vez más contadas esas hermosas hijas del pueblo,—dijo Morano,—y se podría recorrer el Transtíbere sin encontrar una. He ahí sin embargo algo que prueba que existen aún, que hay una...

—¿Y cómo la llamas á tu diosa?—preguntó sonriente Benedetta tan divertida y extasiada como los demás.

—Pierina,—respondió Darío riendo también.

—¿Y qué hiciste?

El rostro excitado del joven adquirió una expresión de malestar y de miedo como el de un niño que estando en-

llegado á sus juegos tropieza con un bicho repugnante.

—¡Ah! ¡No me hables de eso y no sabéis cuánto me pesa! ¡Una miseria tan grande que es capaz de hacer enfermar á cualquiera!

La siguió por casualidad y llegó tras ella al otro lado del puente de Santángelo, al barrio nuevo en construcción, en los antiguos prados del Castillo, y allí, en el primer piso de una de las casas abandonadas, apenas concluida y ya en ruinas, encontróse cara á cara con un espectáculo horroroso del que aun conservaba su corazón la impresión recibida; toda una familia, madre, padre, un tío viejo é impedido, niños muriéndose de hambre y pudriéndose entre la basura. Escogió las palabras más nobles para hablar de aquello y procuraba apartar la horrible visión con un ademán.

—Al fin huí de allí y os respondo que no pienso volver nunca más.

Hubo un movimiento general de cabezas en el silencio frío y embarazoso que sucedió á esas palabras. Morano pronunció una amarga frase en la que acusaba á los espoliadores, á los hombres del Quirinal, de ser la única causa de toda la miseria de Roma. ¿Acaso no se hablaba de nombrar ministro al diputado Sacco, á un intrigante comprometido en toda clase de aviesas aventuras? Aquello iba á ser el colmo de la impudencia, la bancarrota infalible y próxima.

Y sólo Benedetta, cuya mirada se fijaba en Pedro, á la vez que pensaba en el libro de éste, murmuró:

—¡Pobres gentes! Es muy triste, en efecto, pero ¿por qué no volverlos á ver?

Pedro, que al principio estaba como distraído y fuera de su centro, se conmovió mucho con el relato de Darío. Revivió en su apostolado en medio de las miserias de París, se enterneció de una manera lastimosa al encontrar, á su llegada á Roma, miserias iguales. Sin poderlo evitar, sin querer, levantó la voz y dijo alto:

—¡Ah! ¡Iremos juntos á verlos! Me acompañaréis. ¡Todas estas cuestiones me apasionan tanto!

Al oírle hablar así, la atención de todos se fijó en él. Empezaron á preguntarle y comprendió que todos estaban inquietos por su primera impresión, por lo que pensaba

de la ciudad y de ellos mismos. No debía apresurarse á juzgar á Roma por las apariencias. ¿Qué efecto, en fin, le había producido? ¿Cómo la había visto y cómo la juzgaba? Y Pedro, con mucha cortesía, se excusó manifestando que no podía responder, pues no sólo no había visto nada si no que ni siquiera había salido de casa. Pero no por eso dejaron de apremiarle con menos viveza. experimentó la sensación clara de un trabajo con que querían influir sobre él, de un esfuerzo para impulsarle hasta la admiración y el cariño. Le aconsejaban, le conjuraban para que no cediese á las desilusiones fatales, para que persistiese y esperase á que Roma le revelase su alma.

—¿Cuánto tiempo pensáis pasar entre nosotros, señor abate?—preguntó cortesmente una voz de un timbre muy dulce y claro.

Era monseñor Nani que, sentado entre la penumbra hablaba en voz alta por la primera vez. En distintas ocasiones habíase figurado Pedro que el prelado no separaba de él la mirada de los ojos azules, vivos, mientras que, al parecer, escuchaba con mucha atención la charla lenta de la tía de Celia. Antes de responderle dirigió una mirada á su sotana lisa, ribeteada de color carmesí, á la faja de seda violeta que llevaba arrollada á la cintura, á su aspecto juvenil aun, por más que ya había pasado de los cincuenta, á su cabello, que conservaba aún su color rubio, á su nariz recta y fina y á su boca de un dibujo el más delicado y más firme y provista de una dentadura admirablemente blanca.

—Creo, monseñor, que quince días; tres semanas quizás.

El salón entero protestó. ¡Cómo! ¿tres semanas? ¿Tendría la pretensión de conocer á Roma en tres semanas? ¡necesitaba seis meses, un año, diez años! La impresión primera era siempre desastrosa y para rehacerse de esa impresión se necesitaba residir allí una larga temporada.

—¡Tres semanas!—repitió *donna* Serafina con su aire desdeñoso.—¿Es que por ventura se puede estudiar ó apreciar nada en tres semanas? Aquellos que vuelven son los que acaban por conocernos.

Sin hacer exclamaciones como los demás, limitóse Nani al principio á sonreír. Hizo un ligero ademán con mano fina, mano que revelaba su origen aristocrático. Y obser-

vando que Pedro, con mucha modestia, se explicó diciendo que había ido para practicar algunas diligencias y que pensaba marcharse en cuanto estas terminasen, el prelado entonces dijo, á manera de conclusión:

—¡Oh! El señor abate permanecerá aquí más de tres semanas y tendremos la dicha, así lo espero, de poseerle durante más tiempo.

Por más que estas frases fueron pronunciadas con mucha amabilidad, turbaron sin embargo al joven presbítero. ¿Qué sabían ó qué querían decirle? Se inclinó, y en voz muy baja preguntó á don Vigilio, que estaba á su lado encerrado en un mutismo completo:

—¿Quién es, pues, monseñor Nani?

El secretario no le respondió en el acto. Su rostro calenturiento se puso aún más plomizo y sus ojos ardientes volviéronse en todas direcciones para asegurarse que nadie le miraba, y entonces, como en un soplo, dijo:

—El asesor del Santo Oficio.

Aquello le bastaba porque no ignoraba Pedro que el asesor, que asistía en silencio á las reuniones del Santo Oficio, se dirigía todos los miércoles por la tarde, después de la sesión, á visitar al Santo Padre para darle cuenta de los asuntos de que se había tratado. Esa audiencia semanal, esa hora pasada al lado del papa con una intimidad que le permitía abordar toda clase de asuntos, proporcionaba á semejante personaje una situación aparte, un poder considerable. Aparte de esto, la función era cardenalicia, y el asesor debía ser nombrado más adelante cardenal.

Monseñor Nani, que parecía muy sencillo y amable, siguió mirando con un aire tan benévolo al joven presbítero, que éste tuvo que ir á ocupar á su lado el sillón que al fin dejara libre la anciana tía de Celia. ¿No era un presagio de victoria este encuentro, hecho el primer día, de un prelado poderoso cuya influencia podía abrirle todas las puertas? Sintióse entonces muy conmovido cuando el prelado, desde la primera pregunta, le dijo cariñosamente con un tono de profundo interés:

—¿De modo, hijo mío, que habéis publicado un libro?

Dominado poco á poco por el entusiasmo y olvidándose del sitio en que se hallaba, dejóse arrastrar Pedro por su

entusiasmo y contó su iniciación de amor ardiente á través de los que sufrían y de los humildes, soñó en voz alta en el retorno á la comunidad cristiana, triunfó con el catolicismo rejuvenecido, convertido en la religión de la democracia universal. Poco á poco había ido levantando la voz y el silencio fué dominado en el antiguo y severo salón en el que todos escuchaban en medio de creciente sorpresa y de un frío de hielo que él no percibió.

De una manera suave interrumpióle al fin Nani con su eterna sonrisa, cuya sombra de ironía no se mostraba aquella vez.

—Sin duda, hijo mío, sin duda todo eso es muy hermoso, ¡oh! ¡muy hermoso! completamente digno de la imaginación pura y noble de un cristiano... Pero, ¿qué es lo que pensáis hacer ahora?

—Ir en derecha al Santo Padre para defenderme.

Hubo una ligera risa, reprimida en seguida, y *donna Serafina* se hizo intérprete de la opinión general exclamando:

—¡No se le vé con tanta facilidad al Santo Padre! Pedro sin embargo se apasionó:

—Pues cuento verle. ¿Es que yo no me hice eco de sus ideas? ¿Es que no he defendido su política? ¿Es que puede dejar que condenen mi libro para el que creo haberme inspirado en lo mejor que él escribió?

—Sin duda, sin duda,—se apresuró á repetir Nani, como si hubiese temido que se precipitasen demasiado las cosas con aquel joven entusiasta.—¡El Padre Santo tiene una inteligencia tan elevada!... Lo que hay, hijo mío, es que no debéis excitaros de esa manera; reflexionad un poco antes; tomaos antes tiempo...

Volvióse hacia *Benedetta*.

—No ha visto aún su eminencia al señor abate, ¿no es cierto? Mañana por la mañana, convendría que se digne recibirle para darle algunos sabios consejos.

El cardenal *Boccanera* no subía nunca á las reuniones que todos los lunes daba su hermana, pero estaba siempre allí en pensamiento como el amo ausente y soberano.

—Es que temo mucho,—dijo vacilando la *contessina*,—que mi tío no participe de las ideas del señor abate.

Volvióse á sonreír Nani.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

A. 1925 MONTERREY, MEXICO

—Precisamente por eso mismo le diré cosas que es bueno que oiga.

Y en el acto se convino con don Vigilio, que éste inscribiría á Pedro para una audiencia al día siguiente á las diez.

En ese mismo momento entró un cardenal en traje de calle, es decir, con la faja y las medias moradas y la muçeta negra ribeteada de rojo y con botones del mismo color. Era el cardenal Sarno, antiguo familiar de los Bocconeri, y mientras que se excusaba diciendo que había tenido que trabajar hasta muy tarde, todos en el salón se callaron mostrándose solícitos y deferentes. Empero, para ser el primer cardenal que veía experimentó Pedro una decepción muy grande porque no halló en él la majestad, el hermoso aspecto decorativo que se había imaginado. El que se presentaba allí, era bajito, un tanto contrahecho, con el hombro izquierdo más alto que el derecho; el rostro ajado y terroso y los ojos mortecinos. Le produjo el mismo efecto que un viejo empleado de sesenta años, alelado por medio siglo de embrutecedora burocracia, y que se hubiese contrahecho y atontado por no haber abandonado jamás el asiento de baqueta sobre el que pasó la existencia. Y en realidad su historia entera era esa: hijo enfermizo de una modesta familia burguesa, se educó en el Seminario Romano; fué más tarde profesor de derecho canónico durante diez años en ese mismo Seminario, después secretario de la Propaganda, y por último cardenal desde hacía veinticinco años. Alabábase de celebrar su jubileo cardenalicio. Nacido en Roma, no había pasado ni un solo día fuera de la ciudad y era el tipo perfecto del presbítero engrandecido á la sombra del Vaticano, y señor del mundo. Por más que nunca había desempeñado funciones diplomáticas había prestado servicios tales á la Propaganda con sus metódicas costumbres de trabajo, que llegó á ser presidente de una de las dos comisiones que se reparten el gobierno de los vastos países del Occidente que aun no son católicos. Y era por esto por lo que en el fondo de aquellos ojos muertos, en aquel cráneo achatado, de expresión obtusa, tenía el mapa inmenso de la cristiandad.

Hasta Nani se levantó, lleno de sordo respeto hacia

aquel hombre obscuro y terrible que tenía las manos en todas partes, hasta en los rincones más apartados de la tierra sin haber salido jamás de su despacho. Sabía que, á pesar de su aparente nulidad, con su trabajo lento de conquista metódica y organizada, era una potencia capaz de perturbar un imperio.

—¿Está su eminencia mejor de ese catarro que tanto hemos sentido que padezca?

—No, no, sigo tosiendo... hay un corredor muy malo... en cuanto salgo de mi despacho me quedo helado.

Desde este momento sintióse Pedro pequeño y como perdido allí. Ni siquiera se acordaron de presentarle al cardenal y tuvo que permanecer en el salón cerca de una hora mirando, observando. Aquella sociedad envejecida le pareció infantil, retornada á una niñez triste. Bajo la altivez y la reserva altanera adivinó á la sazón una verdadera timidez, la desconfianza no confesada de una gran ignorancia. Si la conversación no se hizo general, fué porque nadie se atrevió á intentarlo y oyó en los rincones, charlas pueriles sin fin, las historias sin importancia de lo ocurrido durante la semana, los rumorillos de las sacristías y de los salones. Como se veían muy poco, las menores aventuras tomaban proporciones enormes. Pedro experimentó, al cabo, la sensación clara de que se hallaba trasportado á un salón francés de la época de Carlos X, en el fondo de una de nuestras ciudades episcopales de provincias. No sirvieron ningún refresco. La anciana tía de Celia se apoderó al fin del cardenal Sarno, que no la respondía, y sólo meneaba la cabeza de vez en cuando. Don Vigilio no despegó los labios en toda la noche. En voz baja se entabló una larga conversación entre Nani y Morano, mientras que *donna* Serafina, que se inclinaba para escucharlos, aprobaba, con lentos movimientos de cabeza, lo que decían. Hablaban sin duda del divorcio de Benedetta, porque de vez en cuando la miraban con un aire muy grave. En el centro de la sala, con la claridad adormecedora de las lámparas, veíase un grupo, el único que allí había de gente joven, formado por Benedetta, Darío y Celia, grupo que parecía vivir, charlando á media voz y ahogando á veces la risa.

De pronto chocóle á Pedro la gran semejanza que ha-

bía entre Benedetta y el retrato de Cassia, colgado en la pared. Era la misma y delicada infancia, igual boca de pasión y los mismos rasgados ojos infinitos en la misma carita redonda, razonable y sana. Había indudablemente allí un alma recta y un corazón de fuego. Acudió después un recuerdo á su memoria; el de un cuadro de Guido Reni, la adorable y cándida cabeza de Beatriz Cenci, de la que el retrato de Cassia se le figuró en aquel instante, que no era más que una exacta reproducción. Esa doble semejanza, le conmovió, hízole que mirase á Benedetta con inquieta simpatía lo mismo que si toda una violenta fatalidad de país y de raza fuese á abatirse sobre ella; pero, ¡estaba tan tranquila! ¡Tenía un aire tan decidido y tan paciente! Y desde que él se hallaba en aquel salón, no sorprendió entre Darío y ella ninguna ternura que no fuese fraternal y alegre, sobre todo por parte de ella, en cuyo semblante se conservaban la serenidad de los grandes amores confesables. Durante un momento Darío la cogió bromeando las manos, se las estrechó y se echó á reír algo nerviosamente y con alguna ligera llamarada en el borde de las pestañas, y Benedetta, sin apresuramiento, desasíó sus dedos como en un juego de antiguos y cariñosos compañeros. Le amaba, era cosa visible, con todo su sér y para toda la vida.

Habiendo Darío ahogado un ligero bostezo, mirado su reloj y esquivándose para irse á reunir á unos amigos que jugaban en casa de una señora, Benedetta y Celia fuéronse á sentar en un sofá, cerca de la silla que ocupaba Pedro y éste se enteró sin querer, de algunas palabras de sus confidencias. La princesita era la hija mayor del príncipe Mateo Buongiovanni, padre ya de cinco hijos, casado con una inglesa, con una Mortimer, que le aportó una dote de cinco millones. Además de esto, citábase á los Buongiovanni como una de las raras familias del patriado romano ricas aun y en pie en medio de aquel pasado que se derrumbaba por todas partes. En esa familia también figuraban dos papas, lo que no impidió al príncipe Matteo ponerse al lado del Quirinal sin estar á mal con el Vaticano. Hijo de una americana y no teniendo en las venas pura sangre romana, profesaba una política mucho más ductil, y era además, según decían, muy avaro y

luchaba para ser uno de los últimos en conservar la riqueza y el poderío de otro tiempo que comprendía estaban condenados á muerte inevitable. Y fué en aquella familia, de soberbio orgullo, cuyo esplendor llenaba aún la ciudad, en la que acababa de producirse el estampido de una aventura produciendo habillitas sin fin: el amor brusco de Celia hacia un joven teniente al que nunca había hablado, la apasionada testarudez de los dos amantes que se veían todos los días en el Corso, no pudiendo decirse nada y cambiando tan sólo miradas, la voluntad tenaz de la joven que, después de declarar á su padre que no tomaría otro marido, estaba inquebrantable, segura de que la darían el hombre al que había elegido. Lo peor era que aquel teniente, Attilio Sacco, era hijo del diputado Sacco, de un advenedizo al que el mundo negro despreciaba como vendido al Quirinal y capaz de todo, hasta de lo más indigno.

—Fué por mí por quien Morano habló hace un momento,—murmuró Celia al oído de Benedetta,—sí, cuando maltrató de palabra al padre de Attilio y á propósito de ese ministerio de que se habla... Quiso darme una lección.

Habíanse jurado ambas una ternura eterna desde el Sagrado Corazón, y Benedetta, que tenía cinco años más que su amiga se mostraba maternal.

—De manera que eres poco razonable y sigues pensando en ese hombre.

—¡Oh! ¿Vas á darme pena, tú también, amiga mía? Attilio me agrada y lo quiero ¡á él, ya lo oyes! ¡A otro no! Le quiero y le tendré porque me ama y le amo... Esto es muy sencillo.

Conmovido la miró Pedro; era un lirio cándido y firme con su carita dulce de virgen. Tenía una frente y una nariz de una pureza de flor, una boca de inocencia con labios cerrados sobre blancos dientes, ojos de agua de fuente clara y sin fondo. Y no había ni un estremecimiento en las mejillas de una frescura satinada, ni una inquietud ni una curiosidad en la ingenua mirada ¿pensaba? ¿Sabía? ¡Quién era capaz de decirlo! ¡Era la virgen con todo su temible desconocido!

—¡Ah! ¡No repitas, querida, mi triste historia! — dijo  
Roma Tomo 1—6

Benedetta.—No produce dicha el casar al papa y al rey.

—Pero es que tú no amabas á Prada,—respondió Celia con calma,—mientras que yo amo á Attilio. En eso está la vida; es preciso amar.

Aquellas palabras, pronunciadas con tanta sencillez por una joven ignorante, impresionaron mucho á Pedro, hasta el extremo de que sintió que las lágrimas humedecían sus ojos. El amor ¡sí, el amor! era la solución á todas las querellas, la alianza entre los pueblos; la paz y la alegría en el mundo entero. *Donna Serafina* se puso en pie figurándose que era lo que animaba la conversación de las dos amigas. Al mismo tiempo dirigió una mirada á don Vigilio, cuyo significado comprendió éste en seguida, porque se acercó á Pedro diciéndole en voz baja que había llegado á la hora de retirarse. Estaban dando las once; Celia se marchaba con su tía y sin duda Morano quería conservar á su lado durante un momento al cardenal Sarno y á Nani, para hablar en familia de alguna dificultad que se presentaba entorpeciendo el divorcio. En el primer salón, y después que Benedetta besó á Celia en las dos mejillas, fué despedido Pedro por ella con mucha amabilidad.

—Mañana por la mañana cuando conteste al vizconde, le diré cuán contentos estamos por teneros á nuestro lado y por mucho más tiempo del que os figuráis... No os olvidéis de que, á las diez, tenéis que bajar á saludar á mi tío el cardenal.

Arriba, en el tercer piso, y en el momento en que Pedro y don Vigilio, teniendo cada uno en la mano la palmaria que un criado acababa de entregarles, iban á separar delante de sus puertas, el primero no pudo por menos de hacer al segundo una pregunta que atañecía su curiosidad.

—¿Es un personaje muy influyente monseñor Nani? Azoróse de nuevo don Vigilio, hizo un sencillo ademán abriendo los dos brazos como para abrazar el mundo. Centelleó después su mirada y á su vez pareció experimentar gran curiosidad.

—Le conocéis ya ¿no es eso?—preguntó sin contestar á lo que le decían.

—¿Yo? ¡No!

—¿De veras? Pues él os conoce muy á fondo. Le oí hablar de vos el lunes pasado y en términos tan precisos que me pareció que estaba muy al corriente de los más pequeños detalles de vuestra vida y de vuestro carácter.

—Ni siquiera había oído nunca su nombre.

—Entonces será que se informó.

Saludó don Vigilio y se metió en su cuarto mientras que Pedro, á quien le admiró encontrar abierta la puerta del suyo, vió salir de él á Victorina con un aire tranquilo y activo.

—¡Ah! Quise asegurarme por mí misma, señor abate, de que no os faltaba nada. Ahí tenéis una vela, agua, azúcar, cerillas... Y por la mañana ¿qué tomáis? ¿Café? ¡No! ¿Leche sola con un panecito? Bueno, ¿á las ocho? ¿No es eso? Que descanséis y durmáis bien. Por lo que á mí hace confieso que las primeras noches que pasé en este inmenso palacio, tuve miedo á los aparecidos, pero nunca he visto la cola á ninguno. Cuando se está muerto se está demasiado contento de estarlo y se descansa.

Al cabo encontróse Pedro á solas, considerándose dichoso al poderse estirar, mover, escapar al malestar de lo desconocido de aquel salón, de aquellas gentes que se mezclaban, se difuminaban en él como sombras bajo la adormecedora luz de las lámparas. Los aparecidos son los muertos viejos de otras épocas cuyas almas en pena vuelven para amar y sufrir en el pecho de los vivientes de hoy. Y á pesar del largo descanso del día, nunca se había sentido tan cansado, tan deseoso de sueño, con el espíritu tan confuso y embrollado y temiendo mucho no haber comprendido nada. Cuando empezó á desnudarse, el asombro de estar allí, de acostarse en aquella habitación se apoderó de él con tal intensidad que por un momento creyó ser otro. ¿Qué pensaba toda aquella gente de su libro? ¿Por qué le habían hecho ir á aquella fría casa en la que comprendía que le eran hostiles? ¿Era para ayudarle ó para vencerle? Y no veía más entre la luz amarillenta, en la triste puesta del astro del salón, que á *donna Serafina* y al abogado Morano, sentados á los dos lados de la chimenea, mientras que, detrás de la cabeza apasionadamente tranquila de Benedetta, aparecía la faz sonriente de

monseñor Nani, con sus ojos de malicia, con sus labios reveladores de indomable energía.

Se acostó y luego se levantó porque se ahogaba, teniendo una necesidad tan grande de respirar aire fresco y libre, que hubo de abrir de par en par la ventana para echarse de bruces en ella: pero la noche tenía la negrura de la tinta y las tinieblas habían sumergido el horizonte. En el firmamento las nieblas debían ocultar las estrellas y la opaca bóveda pesada abrumaba con pesadez de plomo; y enfrente las casas del Transtibere dormían hacía mucho tiempo, no se veía ni una sola luz en ninguna ventana y un mechero de gas brillaba á lo lejos como una estrellita perdida. En vano buscó el Janículo: todo había desaparecido en el fondo de aquel mar de vacío, los veinticuatro siglos de Roma, el Palatino antiguo y el moderno Quirinal, la gigantesca cúpula de San Pedro, borrándose todo del cielo por la ola de sombra. Y á sus pies no veía, no oía ni siquiera al Tíber, el río muerto, en la ciudad muerta.

### III

A las diez menos cuarto de la mañana del siguiente día, bajó Pedro al primer piso del palacio para presentarse en la audiencia del cardenal Boccanera. Hacía poco había despertado lleno de valor y dominado otra vez por el entusiasmo ingenuo de su fe; del extraño abatimiento que experimentara la víspera ya no quedaba nada ni tampoco de las dudas y sospechas que se apoderaran de él en su primer contacto con Roma, cuando aun le duraba el cansancio del viaje. Hacía un tiempo tan hermoso, estaba tan puro el cielo que su corazón se animó y latió esperanzado.

En el vasto descansillo de la escalera hallábase abierta de par en par, la puerta de la primera antecámara. El cardenal, que era uno de los últimos cardenales pertenecientes al patriciado romano, al abandonar y cerrar los salones de gala, cuyas ventanas daban á la calle, y en los que todo se caía de viejo, quedóse las habitaciones reservadas para recepciones que ocupara uno de los hermanos de su abuelo, cardenal también como él, allá en el siglo dieciocho. Esa serie formada por cuatro inmensas piezas, de una altura de seis metros y que recibían luces de la